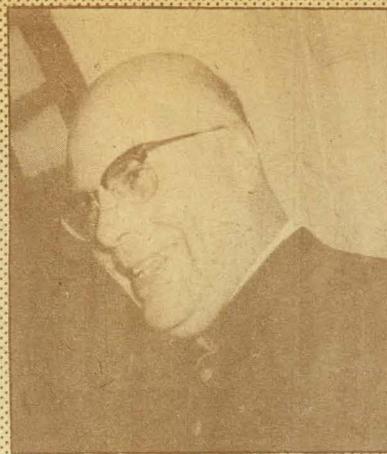


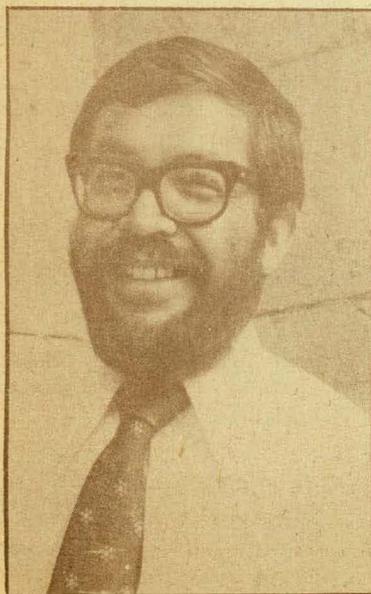
Sergio Méndez Arceo.

Sacerdote



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

7 de Noviembre 84



Las efemérides del calendario del más antiguo Galván, un libro notable por su acuciosidad y por su reaccionarismo, anotó en la correspondiente al 26 de octubre de 1959, que "se inician brillantemente los festejos en homenaje al Exmo. y Rvdo. señor obispo de Cuernavaca don Sergio Méndez Arceo, que celebra el XXV aniversario de su ordenación sacerdotal". Difícilmente un libro de corte tradicionalista como ese, volvería en fechas posteriores a ocuparse de don Sergio. Menos lo haría mañana, en que se cumplen cincuenta años de esa ordenación sacerdotal.

Ya para la fecha en que cumplió su primer cuarto de siglo como sacerdote, don Sergio era un hombre notable. Desde luego, no era obispo por

ser un sacerdote común. Su dedicación a la historia lo había llevado a tener reconocimiento en los medios laicos en que se cultiva esa ciencia: al cumplirse el cuarto centenario de la fundación de la Universidad de México, se encargó a él que compusiera el ensayo sobre la Universidad Pontificia para la edición conmemorativa. Ya para entonces, también, había comenzado su trascendental experiencia litúrgica, limpiando los muros de la Catedral que era la sede de su gobierno, para dejar sólo el altar dedicado a Cristo, contra la idea convencional de poner en plano de igualdad práctica el culto rendido a santos y vírgenes con el que la religión cristiana debe ofrecer al Hijo de Dios.

Pero sería en el segundo cuarto de siglo de su vida sacerdotal donde don Sergio alcanzaría no sólo la fama que lo hizo el obispo más célebre entre los mexicanos (y también el más insultado y ofendido) sino sobre todo la altura y la hondura humanas que son sus prendas principales y que no ha perdido, por supuesto, desde que dejó de ser el séptimo obispo de Cuernavaca.

Debido a su formación (correspondió a don Sergio cursar la carrera eclesiástica durante el conflicto religioso de fines de los veinte) y también al entorno familiar y geográfico (nació cerca de Zamora, en la hacienda de Guaracha, en una comarca de donde han salido más miembros del Episcopado mexicano que de ninguna otra en el país), don Sergio fue un conservador. Pero como también era un hombre apegado al Evangelio, y abierto al tiempo, en cuanto fue nombrado obispo dio lugar en su diócesis a la experimentación. De más está decir que no se trata de un irresponsable, que juegue con las delicadas materias que se le habían encomendado. Por si alguien lo dudara, eso quedó en claro cuando el Papa Juan XXIII inició la gran transformación de la Iglesia Católica al convocar al Concilio Vaticano II, cuya tarea principal fue poner al día a la veterana comunidad eclesiástica. El clima conciliar, con su apertura al mundo, fue el mejor medio para que se desarrollaran ideas como las que don Sergio tenía ya concebidas y como las que en el saludable trasiégo de informaciones y opiniones que propició la reunión romana él abrevó y asimiló. Fue, desde luego, el obispo mexicano de mayor presencia en las discusiones, y entre los asistentes, y millones de católicos que siguieron el curso del concilio, sus posiciones sobre temas torales, como la relación de la Iglesia con los masones, con los judíos y con el psicoanálisis, fueron de gran provecho.

La renovación litúrgica a que también dio paso el Concilio ratificó lo que había obrado en tal sentido don Sergio, y le permitió avanzar, con el establecimiento de la Misa Panamericana, de la que muchos sólo veían su aspecto folclórico, por la participación de mariachis y otras

formas de música autóctona, pero que tenía el sentido de romper el etnocentrismo y devolver el habla al pueblo, que la había perdido en las celebraciones religiosas en beneficio de los sacerdotes, únicos autorizados en apariencia para acercarse a Dios.

El patrocinio que don Sergio dio a la práctica del psicoanálisis en una comunidad monástica (la de los benedictinos, dirigidos por el monje Gregorio Lemercier) y a la búsqueda de nuevas formas de religiosidad emprendida por el Centro de Documentación Internacional encabezado por el padre Iván Illich, corroboraron la voluntad de apertura del obispo, y lo situaron también en el ojo del huracán. Hubo de defenderse en Roma (como ahora tiene que hacerlo la teología de la liberación) contra acusaciones de timoratos.

Todo lo anterior muy brevemente reseñado hubiera bastado para hacer de Méndez Arceo un sacerdote y un obispo sui generis. Pero la mayor riqueza que aportó a la comunidad de los mexicanos estribó en su identificación con causas sociales y humanas, en convertir en centro de sus preocupaciones los anhelos de los pobres, como la justicia, la libertad y la dignidad. Sirvió, por ejemplo, de intermediario entre guerrilleros y el gobierno en más de un secuestro, como persona idónea por entender la raíz y la razón de los secuestradores, y por el respeto que suscitaba aun en los sectores más jacobinos del régimen.

Pero eso fue coyuntural. Más permanente, y por ello más fructuosa fue su identificación con los asalariados de la diócesis a su cargo. Allí hay que encontrar uno de los rasgos más beneficiosos de su biografía. Decidió don Sergio, primero, que los conflictos sociales no son ajenos al ministerio eclesiástico y menos de un hombre que es al mismo tiempo gobernante y pastor (aunque de más en más él haya ido privilegiando el segundo tramo de ese binomio en que se sintetiza el papel de un obispo) y por lo tanto no los soslayó, especialmente en la década de los setentas, en que se produjo una gran movilización de agrupaciones independientes de trabajadores, que supuso una nueva manera de abordar el problema del sindicalismo. Y, después, don Sergio decidió que sería parte y no juez, y se puso al lado de los obreros, en muchas ocasiones críticas, desafiando poderes locales y federales que lo maldijeron, y arrojaron sobre él iras inexplicables en personas inteligentes, pero perfectamente explicables entre los zafios y los amargados.

Don Sergio no se limitó a dar solidaridad a sus hermanos en su diócesis. También contribuyó con su presencia y sus análisis a la causa del despertar latinoamericano. Así, en las reuniones del episcopado de este continente su voz se hizo oír junto con las de otros que recordaron que la Iglesia de Cristo tiene que ser, antes que nada, la Iglesia de los pobres. Brevemente preso en Riobamba por esa causa, fue amigo del presidente Allende en Chile (a donde acudió a la reunión de Cristianos por el socialismo), ha estado cerca de la Revolución Cubana, y en los últimos años de su estancia al frente de la diócesis de Cuernavaca los problemas centroamericanos, y los pobres de esa región especialmente, recibieron su palabra de bondad y de bien.

Don Sergio se jubiló por razones de edad, y volvió a su ministerio como sacerdote en una comunidad pequeña, si bien no ha podido abandonar la diligente actividad internacional que es obligada en un hombre de su talla, requerido para participar aquí y allá en innumerables reuniones y actos que benefician e impulsan las causas de las que todavía es campeón.

En los últimos meses, las candilejas lo iluminan menos, y por lo tanto sus detractores se ocupan en buena hora también con menos frecuencia de lo que hace. Pero él sigue allí, fuerte como una encina, sirviendo al hombre necesitado no sólo de auxilios espirituales, sino también de certidumbres sobre su estancia aquí en la tierra. Como ser humano solidario con los que padecen, don Sergio recibirá sin duda cálidos parabienes en el cincuentenario de su condición sacerdotal, en la que él cree con pleno derecho.